

HERALDO DE MURCIA

AÑO III

DIARIO INDEPENDIENTE

NUM. 630

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la península una peseta al mes.—Extranjero, tres meses 7'50 pesetas.
Comunicados á precios convencionales
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id. id.
En primera. 00'20 id. id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15

JUEVES 12 DE ABRIL DE 1900

JUEVES SANTO

La Iglesia, Nuestra Madre, grande y sublime por su origen e institución, por sus dogmas y celestial doctrina, es también grande y sublime por sus fiestas y solemnidades, por los ritos y ceremonias con que celebra y conmemora los augustos misterios de nuestra Religión sacrosanta.

Entre estos ocupa su preeminente, principalísimo lugar, la Pasión y Muerte del Hombre Dios, el sangriento drama del Calvario, cuya memoria renueva la Iglesia este día con una pompa por demás lúgubre, triste y funeral.

Mudas las campanas, desnudas las aras, vueltas las sacras, sin luz las lámparas, despojados de sus ornamentos los altares, veladas las sagradas imágenes con morado crespón, todo en este día suspira en el santo templo tristeza y amargura.

Los conmovedores oficios de Pasión, el grandioso, grave y sentido *Miserere* y los tristísimos arpegios que del armonium brotan, semejando suspiros plañideros, vienen á dar mayores tonos á la melancolía que parece trasciende en estos días á la Naturaleza, respirándose en el ambiente, reflejándose en los semblantes, y sintiéndose allí, en lo más íntimo y profundo de nuestras almas. Día este de luto y de lágrimas, llora la Iglesia despojando al templo de sus galas, en sus fúnebres cantos, en sus sentidos oficios, en la cátedra sagrada, en la negra indumentaria de sus sacerdotes, en toda su liturgia, para movernos á penitencia.

Acompañémosle como buenos hijos en su llanto, lloremos con ella con tanta mayor amargura cuanto que repercuten hoy en nuestros oídos los sacrílegos gritos de aquel pueblo deicida que en el paroxismo de su furor exclamaba ante Pilatos:

«No queremos que ese reine sobre nosotros.» «Crucifícidle!»

Los que no acatan ni quieren reconocer su reinado social, los que intentan desterrarle de la sociedad y del hogar doméstico, los que pretenden arrojarle de la cátedra, del taller y de la escuela, los que con satánica fruición blasfeman de su Santo Nombre, esos son los nuevos Judas que le traicionan, los Pedros que le niegan, los Pilatos que le condenan, los sayones que le azotan y crucifican; esos son hoy su cruz y su calvario.

Oremos por ellos, para que cual nuevos Centuriones, confiesen contritos la divinidad del que por solo amor al hombre murió pendiente de un afrentoso leño, y confesándola le adoren y adorándole reconozcan el sagrado y legítimo derecho que á Jesús asiste de reinar sobre la sociedad y sobre el mundo.

Oremos y lloremos también por nosotros y por la suerte de nuestra patria, tan pobre y decadente desde que sus gobernantes abandonaron el verdadero camino de la fé y de la justicia, al visitar en este día los monumentos de nuestros templos, rindiendo á la Magestad de Dios culto en el Sacramento del Amor, el tributo de adoración, de homenaje, de amor y de cariño que le debemos.

Porque la oración sube entre las nubes del vaporoso incienso hasta el trono de Dios aplacando su ira y las lágrimas que brotan del arrepentimiento dan por resultado la justicia, y escrito está que la justicia restaura y eleva las naciones tanto cuanto miserables hace á los pueblos el pecado.

LA CRUZ

Vacilan los tronos, se conmueven los altares, cambian las instituciones y varía por completo la faz de las naciones y el aspecto de las creencias: al fragor de la revolución se alteran los fundamentos de la política y ante la radical predicación socialista y la brutal propaganda de hecho del anarquismo se resquebrajan y debilitan los viejos cimientos sobre los cuales descansara el edificio social.

Todo se agita, todo se transforma y todo muere: pero al través de diez y nueve siglos, solo una cosa permanece fija, inmutable y eterna, tan inmutable y eterna como la idea de Dios misma: la Cruz.

Instrumento vil de suplicio y signo de afrenta incontrastable en otros tiempos, el tormento de un Dios hizo del vil madero madero santo; y la sangre derramada por el divino martir, transformólo que solo era signo de infamia y deshonra, en signo bendito de redención, de consuelo, de esperanza.

Desde el drama sublime del Gólgota, es la cruz el lábaro bendito de la humanidad, el faro de luz refulgente para las almas, el símbolo sacrosanto de una creencia eterna y de una fé consoladora. En ella buscamos inspiración para todo lo grande y generoso: en ella fijamos la mirada, ávida de consuelos, en los duros trances y en los dolorosos réveses de la vida: ella nos acompaña en el sepulcro, velando nuestro sueño de muerte y haciendo sagrado con su presencia aquel pedazo de tierra en que descansan nuestros miseros mortales despojos.

Nada más imponente, más severo, que en más alto grado invite al amor y á la piedad, que ese leño santo que nos recuerda la pasión de un Dios y simboliza la redención del género humano.

Sus brazos, siempre abiertos, convidan á la fraternidad entre los hombres, á la caridad con el prójimo, á la realización del bien y al culto de la libertad: á la práctica de todos los ideales por los que Cristo padeció y murió.

Símbolo de una religión de los humildes, de los desheredados, de una religión del pueblo: emblema de aquella idea redentora que conmovió en sus cimientos una sociedad basada en el privilegio, en la tiranía, en el fanatismo y que halló sus prosélitos en pescadores humildísimos, en oscuros hijos del pueblo, nosotros ratificamos nuestra fé inquebrantable en esa religión sublime, que tan cumplidamente satisface, hermanada con el progreso, la aspiración vehemente de nuestro ideal democrático.

¡Oh Cruz sacrosanta, bendita seas! La sangre del divino martir hizo de tí el más sagrado y glorioso signo de redención, y eternamente, inmutable y fija entre el estrépito de tronos que se derrumban, de instituciones que desaparecen, de poderes que vacilan, te alzarás tu sobre poderes, tronos e instituciones, simbolizando la inmortalidad de una creencia como ninguna otra sublime y la virtualidad de una fé cual ninguna otra consoladora.

F. Bautista Monserrat.

LA DOLOROSA DE SARCILLO

Describir, ¡Señora! vuestra imagen, es no amaros bastante; buscar en ella defectos, que tiene indudablemente como obra humana que es, parece casi ofenderos: así ni describo, ni critico, ni pienso siquiera; siento.

Cuando á las seis de la mañana, en la primavera de Viernes Santo, salís de vuestra santa morada y recorréis la ciudad; cuando una después de otra, y vos, Señora, la última, las insignias del drama de la Cruz van saliendo de la capilla á la plaza, y un momento vuestro paso aparece como cuadro á que sirve la gran puerta, de marcos y fondo más obscuro; cuando la luz espléndida de la calle, la espléndida luz primaveral de Murcia, os da su beso anual, circuye amorosa vuestra triste cabeza, y parece que se recrea en ello contorneándola con un nimbo de más puro y fulgente resplandor; entonces, Señora, la multitud os saluda con el mismo entusiasmo de siempre, y con mayor amor que el año antes, con mayor amor en cada año y á medida que nuevas generaciones se suceden y acrecentada, heredan vuestra devoción, de las generaciones que pasan.

¡Sale la procesión!... Abigarrada muchedumbre bordea las calles, corona los balcones, cuelga de los árboles... ¡La ceñal... La oración!... todos fijan un momen-

to, y levantan después la mirada, hablan, celebran, y escutan las lejanías de la calle: ¡os esperan!

¡Llegaís vos, Señora!... os acompañan devotos que no han creído bastante la luz del día, y han engarzado en ella los rojos brillantes de las religiosas velas; os preceden y siguen músicos y cantantes, que entonan sentidas lamentaciones ó himnos de triste entusiasmo; os envuelven nubes de incienso que os rodean como un perfumado nimbo y se elevan como una oración... y la majestad del momento, el esplendor del culto, la belleza del arte, luz, música, perfumes, algo más que hay en nosotros y fuera de nosotros, nos agita, nos conmueven, nos transfigura y... caemos de rodillas ante vos, Señora!... Culto, fanatismo, devoción, superstición, adoración, idolatría, creencia, sugestión, sentimientos, sensaciones, todo vibra en nosotros, todo se desborda en nuestras almas con efusión de ternura, y algo sobrenatural infunde del mismo modo y al mismo tiempo sobre naturalezas diferentes... ¡os el sentimiento de lo divino, es Dios que cruza por el espíritu y pasa instantáneo á través de las sensaciones humanas!

¡Se os contempla de rodillas!... En vuestros ojos, en vuestros hermosos ojos hay lágrimas, pero hay más; vuestra boca suspira, pero en ella hay más que suspiros; sois una estatua, magnífica estatua, del dolor; pero aquel dolor no es un dolor humano, el que pudo tener la mujer, la hermana ó la hija de Salzillo... es más grande, es divino, es el dolor de todos los dolores de la humanidad, que sienta la madre del que viene á redimirlo; por todos llora, por todos solloza, en sus ojos y en su boca, hay todas las lágrimas y todos los suspiros, como en su corazón todos los dolores de la humanidad, en todos los tiempos y en todos los países.

¡Llorais también por mí, Madre mía!... como por todos los humanos y sentís mis dolores como los de todos!... y en la inteligencia misteriosa que se establece entre lo divino y lo humano, y en el acuerdo de estos sentimientos, me conmueven mas vuestros dolores, porque siento ¡Señora! que hay en ellos parte de los míos.

¡Y sigue la procesión! habeis pasado, y nada pasa, ya nada queda, erais la última. Queda, sí, perfume en el aire que no se ha disipado todavía, notas musicales que se alejan y aún halagan el oído, y además de esto, cierta sensación de alivio que orea y refresca el alma: al medir tanta pena y dolores con la insignificancia de los nuestros y sus fútiles motivos, una gota del bálsamo del consuelo divino cae sobre nuestros llagados corazones.

¡Adios, Madre mía!... ¡hasta otro año!

Pedro Díaz Cassou.

LA ORACIÓN EN EL HUERTO

Entre todos los momentos de la Pasión es tal vez éste el más terrible, el más trágicamente hermoso, el que más íntimamente nos une á Jesús, poniendo, en nuestro corazón al meditarla, oleadas de compasión inmensa para el suyo que agoniza solitario.

Acabada la cena, dicen los Evangelistas, Jesús con sus discípulos se dirigió al Huerto de Getsemani: al llegar á él separose de ellos, diciéndoles: *Quedaos aquí mientras yo hago oración.* Llévose, sin embargo, á los tres más amados, Juan, Santiago y Pedro, los que ya le habían acompañado en la Transfiguración.

Entraron. La noche, una noche de Oriente, de aquellas incomparables que obligaron á los antiguos Caldeos á adorar como dioses á los astros, suspendida sobre la tierra el manto azul, sembrado de diamantes, de un cielo sereno. Entre el ramaje plateado de las olivas, pasaban brisas de primavera, murmurando canciones. En el silencio oíanse los infinitos rumores de la noche, que son como el alentar de la vida.

El corazón de Jesús llenóse de angustia... y volviéndose en busca de consuelo, dijo á sus tres discípulos: *Mi alma*

está triste hasta la muerte... Quedaos aquí y velad conmigo.

Callaron... Jesús se apartó de ellos, postróse en tierra... y dió principio la lucha más tremenda que se ha visto en el mundo; la lucha de un espíritu contra su propio cuerpo, la lucha del corazón de Dios, que ansiaba sufrir, contra la naturaleza humana que odia el sufrimiento.

Pasaron ante los ojos de Jesús todos los tormentos de la pasión: los insultos, los golpes, las blasfemias, la corona de espinas, el Calvario... Era hombre y temió... Pero era Dios también... amaba á los hombres... pensó en el Paraíso, en el primer pecado que arrojó para siempre á Adán y á Eva de aquel resacaño de dichas, pensó en la promesa de un Redentor que se les hizo saber al mismo tiempo que la sentencia, pensó en el triunfo de la Humanidad dichosa, abriendo con su muerte las puertas del Cielo, y penetrando en él, seguido de los Santos, para ocupar los tronos que dejaron vacíos los ángeles rebeldes... Era Dios, y por amor al hombre quería padecer... Y el temor y el amor, batallando en su pecho, causaronle tan tremenda agonía, que cayó en tierra bañado el santo cuerpo en sudor de su sangre... Y oró diciendo: *¡Padre mío, si es posible, aparta de mí este cáliz! Y añadió: No se haga mi voluntad, sino la tuya.*

Levantóse y fué hacia sus discípulos. Mientras él padecía y oraba, habíanse ellos dormido. Despertoles y dijo á Pedro tristemente: *¿No habeis podido velar una hora conmigo? Velad y orad.* Retiróse del nuevo, y de nuevo oró al Padre con las mismas palabras, y volvió á sus discípulos... ¡También dormían! Dejoles en silencio. La tristeza, más intensa que nunca, amegó, como dijo el Profeta, en olas amargas... Desfalleció... Entonces un ángel se acercó á confortarle, trayéndole el consuelo que los hombres le habían negado...

No quiso Jesús que ningún hombre padeciera dolor alguno que él no hubiese sufrido para darle ejemplo. En la Oración del Huerto dejó á su naturaleza humana vencer á la divina, y fué una hora débil para darnos fortaleza. Temió, para curar nuestros temores; oró, para enseñarnos que la oración vence el temor y anima el sufrimiento; padeció solo, abandonado de sus discípulos, para que nadie pueda quejarse de soledad y abandono en los trabajos.

¡Cristianos! Jesús es el maestro soberano, y en esta agonía nos enseña el fundamento de la vida. El dolor es, mientras estemos en el mundo, convidado frecuente á nuestra mesa ¿Le tememos? Es justo... también Jesús temió. Tomamos un instante, pero alcémonos luego como esforzados y valientes guerreros... y vayamos á él sin arrogancias fanfarronas, propias de cobardes; vayamos con tristeza serena y resignada, diciendo como Cristo: *¡No quisiera sufrir... pero Señor, ¡hágase tu voluntad y no la mía!*

G. Martínez Sierra

LAS PRIMERAS GOLONDRINAS

(TRADICION POPULAR)

El Niño Jesús tenía muchos y buenos amigos; pero quería particularmente á sus primos Santiago y Juanito.

Un día de primavera en que el Santo Niño regaba los rosales de su huerto, Santiago y Juan fueron á buscarle y le dijeron:

—¿Quieres venir á jugar al campo?

—¡Si mi madre me dejara!... contestó Jesús, dirigiendo sus ojos hermosísimos hacia el portal de la casa, en que María estaba.

Apenas la Santísima Virgen oyó la súplica del Niño, corrió á su encuentro, y, dándole un beso en la frente, le dió á la vez el permiso que los tres nazarenitos deseaban.

Habia en las afueras de Nazaret un campo llano, cubierto de verde musgo, y á él se encaminaron los santos niños; tenía el campo vetas de tierra blanca, y como esta estuviere húmeda á causa de

las últimas lluvias y del copioso rocío de la mañana, Jesús, Santiago y Juanito decidieron comenzar el juego haciendo pajaritas de barro. Pusieron manos á la obra, y tal maña se dieron que al poco tiempo mil pajaritas, blancas como la flor del almendro, cubrían el verde musgo de la pradera.

En esto, acordó á pasar por allí la tía Farisea, la cual, so pretexto de que era sábado y de que no se debía trabajar en día festivo, no solo regañó á los inocentes niños, sino que pretendió deshacer toda su obra; pero al querer pisotear pajaritas, el Niño Jesús dió una palmada y todas ellas echaron á volar, dejando á la tía Farisea con una cuarta de narices.

Algunas pajaritas, además, se quedaron en los olivos próximos, é increparon á la tía Farisea diciéndole:

Cochina, marrana,

Ni cosiste, ni barriste,

Luego ¡qué hiciésteos? (1)

Veinticinco años mas tarde, en otro día de primavera, fué crucificado en un monte próximo á Jerusalén el Redentor de los hombres; lo supieron las golondrinas, llegaron al Calvario, y como visen los tormentos que los pfcaros judfos daban á Jesucristo, quitaron de la cabeza del Salvador las punzantes espinas que le ensangrentaban el rostro; y cuando al morir Jesucristo el sol se obscureció y la tierra tembló, las golondrinas, blancas del todo hasta entonces, cubrieron sus cuerpos y sus alas con un manto negro, en señal de luto, que todavía llevan.

Veid aquí porque las golondrinas son blancas por el pecho y negras por las alas.

¡Basta! POR EL PLAGIO,
Rufino Blanco y Sánchez

PROCESION Del Viernes Santo

La Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, de esta ciudad de Murcia, según piadosa y antigua costumbre, sacará el Viernes Santo las preciosas imágenes que tiene la dicha de poseer y el honor de custodiar en su iglesia, debidas al maravilloso cincel del inmortal Salzillo.

A las seis en punto de la mañana estará el Estandarte morado en la plaza de S. Agustín, poniéndose en marcha la procesion por el orden y en la forma siguiente:

1.º PASO DE LA CENA, conducido á hombros por 26 nazarenos, y regido por el Cabo mayor de Estantes, D. Bartolomé Martínez Belmonte, y su segundo don Antonio Barba y Martínez.—Representa la celebracion de la Pascua por los 12 Apóstoles y Nuestro Señor Jesucristo, en el acto de decir Éste á aquellos: «En verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar».

Se halla al cuidado del mayordomo D. Fausto de Zarandona; y es su camarera la Sra. D.ª María del Pilar Zarandona, Viuda de Sandoval.

2.º PASO DE LA ORACION DEL HUERTO, conducido de la misma manera, por 28 nazarenos, y guiado por el Estante mayor, D. José Zamora.—Representa el misterio de la última Oración del Salvador en el huerto de Gethsemani, estando durmiendo los Apóstoles San Pedro, Santiago y San Juan, y en el momento en que el Señor, fortalecido por el Arcángel San Gabriel, pronuncia estas sublimes palabras: «Padre mío, si esta oración no puede pasar sin que yo te beba, hágase tu voluntad.»

Se halla al cuidado del mayordomo el Excmo. Sr. Marqués de Aledo; y es su camarera la Excmo. Sra. Marquesa de Aledo.

3.º PASO DEL PRENDIMIENTO, llevado, de igual modo, por 24 nazarenos, y guiado por el Estante mayor Don Juan Ferrer.—Representa la prision del Divino Señor, en el momento en que el

(1) Letra onomatopéyica popular del canto de las golondrinas.

